

**Sofía Irene Cardona*****Escritura, nación y alebrijes***

En mi visita a México hace un par de años descubrí lo que eran los alebrijes. Según me explicaron los amigos mexicanos, se supone que en esas gigantescas quimeras de papel se cifre la alegría y la furia, los dos puntos entre los que se bascula nuestra relación con el mundo. Encontrarlas, como me sucedió a mí en aquella ocasión, en medio de un oscuro aguacero puestas en fila después de la procesión, sin anuncio previo, cobró el carácter de un travieso agüero enviado por altas potestades.

A México había ido a parar, por razones que no vienen al caso, en calidad de poeta, un título que no suelo usar, más por veneración que por vergüenza. Sucede que en mi imaginación, la poesía contiene un poder visionario que conlleva, necesariamente, la discreción o la clandestinidad, según el caso. Sé que no hay quien me entienda completamente, ni yo misma, y ahí lo dejo.

Y es que la escritura, se me ocurre, tiene algo de alebrije. Combinación de zoologías, reina en el momento en que se sostiene en la mirada o en la voz. En un instante se levanta un monstruo fantástico construido de cosas ordinarias: palabras, ecos, ruidos. En la escritura participan el gozo y la ansiedad, la melancolía y la burla.

Estas criaturas furiosas o apenadas cruzaban los aires de Morelia, donde se celebraba el Encuentro de Poetas del Mundo Latino, como volutas de humo. A veces, la realidad, también compuesta, contradictoria, monstruosa, pisaba fuerte. Llegaban noticias de asesinatos del narcotráfico, reñidas elecciones, disputas fronterizas, sorpresivas explosiones. Cada uno venía de un lugar y de una lengua. Yo me sentía apabullada: demasiadas voces, demasiadas líneas, demasiadas figuras.

La vida cultural mexicana, a diferencia de la puertorriqueña, en general, es un bullebulle perpetuo, aunque - ya podrán imaginar - debe haber mucha hojarasca. Es otro mundo. Cualquier hijo de vecino, al parecer, tiene tres o cuatro libros publicados, un par de premios y un oficio vinculado a las letras. Conocí profesores universitarios que vivían de dar clases de poesía a chicas bien y burguesas ilustradas. Hay suficientes revistas como para que transite por ahí una legión de periodistas literarios. A menos que todos estuvieran allí, en la reunión de Morelia.

Conocí gente maravillosa que me hizo pensar mucho en la verdad literaria, en el paso del tiempo, en el País, en qué era un país, en mí misma. Yo participaba, no como individuo, sino, más bien, como puertorriqueña. Éramos, ellos y yo, entonces, en mí. En mí se reconocía la presencia de un país, a pesar de las variantes. Así lo pensé antes de mi presentación; aquí estoy por un país que es mucho más que yo. Tentada estuve de decirles: no se crean lo que ven, seguramente se equivoquen.

Yo, por mi parte, lo miraba todo y a todos, con interés, y fui encontrando perfectos protagonistas para futuras historias: dos hermanos poetas que eran el yin y el yang de la vida literaria, un amable argentino que tenía rosas salvajes y ajíes picantes en su jardín, una chilena que sufría la reciente pérdida de su afamado padre, un galancito cincuentón que no sabía nunca la hora, una mujer tan confundida que decía venir de todas partes. La cabeza me zumbaba y me movía de la poesía a la narración, donde se atrapan los mundos figurados, donde el alebrije se pone en movimiento.

Todo lo percibía con una sensación de irrealidad, como suelen recordarse los cortos paseos por lugares remotos. A la distancia, Puerto Rico parecía una invención. Aún ardía Cataño después de una explosión. Leía, desde Morelia, que amenazaba con caer sobre la Isla una lluvia tan venenosa como el aire, y me imaginaba yo un mini-apocalipsis, entrevisto desde el balcón de casa. ¡Ahora fue! El mundo, el mío, bajo amenaza, y yo dibujando aquí una silueta que se sigue moviendo, inquieta, impidiendo retratarse. Éste es mi país, mi alebrije, reconózcanlo.

De súbito, encontré mi bandera en la muda pantalla de la televisión, a la hora del desayuno. Unos muchachos furiosos movían los brazos tatuados, unas chicas muslonas se contoneaban. Reconocí las caras. Tracatatá. Y yo tan quieta, sentada en mi silla, con los ojos en la imagen, pasmada. Eran los *míos*. ¿Quién entiende esto? ¿Cómo explicar algo que te abriga o te ahoga, según sea el caso, a diferentes horas del día, en distintas circunstancias? ¿Sentiría lo mismo el poeta francófono de Nueva Caledonia?

Sucedió entonces que una mañana tuve la oportunidad de escuchar una lúcida defensa de las mujeres intelectuales puertorriqueñas de la voz de una importante personalidad de las letras mexicanas. El poeta Hugo Gutiérrez Vega, con su calmoso paso de venerable jefe de la tribu, se paseaba en la retaguardia del batallón de poetas, como un pastor que cuida del ganado. Allí conversaba, con su bastón y su barba patriarcal, con un poeta-funcionario que lucía, a la sazón, ese día, una inquietante corbata verde *chatré*. El poeta mayor, al verme, me saludó con un abrazo. “¡Mi paisana!” Sabía yo que su alegría correspondía a la felicidad del encuentro con otras personas que yo le recordaba, los buenos amigos que había hecho en su estadía en la isla, como cónsul de México, hace unos años. Y me habló de su vecindario en Hato Rey, de los buenos recuerdos que guardaba de la Universidad de Puerto Rico, de las mujeres intelectuales del país. “Hay una larga tradición de mujeres letradas en Puerto Rico”, le dijo al poeta-funcionario, y empezó a mencionarlas: “Margot Arce, Nilita Vientós, Concha Meléndez, Merce y Luce López-Baralt, Julia de Burgos, Lola Rodríguez de Tió.” Ahí se detuvo para regodearse en la admiración por esta mujer, quien dijera, según él: “Cuba y Puerto Rico son, de un pájaro las dos alas”. “Eso fue Martí”, objetó el otro, que hasta el momento escuchaba con cortés atención. “No. Fue Lola”, le contestó el barbudo jefe de la tribu, en un tono de voz absoluto. Ambos se volvieron hacia mí, expectantes, como si reclamaran mi sentencia final en el litigio. Yo sólo sé, les dije, que de niña aprendí unos versos: “Cuba y PR son, de un pájaro las dos alas, reciben flores y balas en un mismo corazón.” En ese momento, don Hugo y yo nos enfrentábamos al otro, en defensa de Lola, como si fuéramos verdaderamente paisanos. ¿Qué había pasado?

Días después, la noche antes de regresar a casa, tuve el encuentro con los temibles alebrijes. Repasé entonces mis ocho días de identidad solitaria y descubrí que en aquel momento, don Hugo se había transformado en figura quimérica y en su gesto había logrado, pisar fuerte y raro. Esto es un país, aunque a muchos les extrañe. Pena y gozo, burla y homenaje, entusiasmo y desesperación, una figura inquietante se levanta bajo las sombras.

Sin embargo, después de todo, poco importaba lo que dijéramos nosotros. El tiempo corre, el mundo es, yo soy, yo escribo, estás ahí, a pesar de los poetas. Llegado a este punto, rememoré el breve poema, “Fe de erratas”, que recitó en las sesiones finales un joven mexicano, Amaury Estrada Ramírez:

*Nada de lo dicho aquí  
permanecerá mucho tiempo.  
¡Qué alivio!*

Debo decir, sin embargo, que mientras yo pensaba estas cosas , el fuego de Cataño se iba extinguiendo y frente a mí los alebrijes, como todas aquellas palabras, iban quedando mustios bajo el aguacero.